

POR LAS TIERRAS ALTAS CRUZANDO LOS ANDES

TEXTO Y FOTOS



Aratz Oñederra Zancada
(Leintz Gatzaga, 1998)

Profesor de educación física y experto en entrenamientos de escalada. Inquieto y aventurero, ha viajado por los Andes pudiendo disfrutar de sus verdaderas pasiones: montaña, deporte y aventura.

TEXTO Y FOTOS



Nerea Elizola Ancin
(Arañabolaeta, 1997)

Graduada en Comunicación Audiovisual y experta en diseño web. Le gusta tanto la montaña como las actividades naturales, y siempre lleva consigo la cámara fotográfica. Ha pasado un año trabajando en América Latina y ha querido compartir la crónica del viaje con todos los amantes de la montaña y la aventura.

Después de siete meses trabajando en Chile, decidimos que no podíamos regresar a casa sin viajar por América del Sur. Sin lugar a dudas, ha sido la mejor decisión de nuestras vidas. En este viaje de tres meses hemos tenido tiempo de observar, aprender y disfrutar. Mediante estas líneas queremos transmitir unas pocas de todas las historias que hemos vivido en esta increíble experiencia.

Es sabido que para poder sumergirse en una historia es imprescindible haber sido partícipe de ella. Por eso, hemos querido recoger nuestras vivencias lo más fielmente posible, tanto lo visto, como lo sentido. La experiencia vivida con los habitantes que pueblan el territorio andino que se extiende desde Perú hasta el sur de Chile ha sido mágica. La convivencia con las familias que nos han acogido en las tierras altas de los Andes ha hecho que nos sintamos parte de sus culturas.

En la cumbre de Huayna Potosí (6088 m)



PERÚ

Salimos de Santiago de Chile con rumbo a Perú y, nada más pisar Lima, nos dimos cuenta de que aquella caótica ciudad no era nuestro lugar. Aprendimos a gestionar el miedo a perder la vida en las carreteras peruanas en las primeras horas de nuestro viaje. Después de una agotadora hora en aquel caos, dejamos atrás Lima para llegar a Huaraz, de 0 a 3000 m en una misma noche.

Entonces conocimos la muralla blanca, un entorno rodeado de grandes cimas cubiertas de nieve, como bien indica su nombre: la Cordillera Blanca. Sin embargo, para las fechas que eran (septiembre) el sol era intenso y la escasez de vegetación muy evidente. Nos costó encontrar un alojamiento acorde a nuestro presupuesto, pero adentrándonos en un callejón, al fin lo encontramos. La dueña del hostel nos recibió tan bien que decidimos alargar la estancia.

El centro de Huaraz lo encontramos sucio y caótico, pero esa es su belleza. Las calles oscuras, los coloridos mercados callejeros, los cláxones de los vehículos, los ladridos de los perros y el bullicio de los vendedores hacen aflorar la verdadera esencia de Huaraz. La agricultura, la ganadería y el turismo son las fuentes de ingresos más importantes de esta ciudad, pero aun así, no podemos olvidar la falta de recursos que hemos visto en las calles, ya que muchas familias tienen dificultades para afrontar el día a día.

Cualquiera se siente pequeño frente a estos gigantes de





Laguna Toncoak desde el Refugio Frey (Bariloche)

la cordillera blanca. Cuando vimos la cumbre de Vallunaraju, decidimos que teníamos una gran oportunidad para poner en práctica nuestros límites. En el lenguaje quechua de la región de Anchas, esta montaña tiene su significado. Cuando llegamos a su cima lo entendimos: Montaña de los Sueños.

En el posterior descenso hacia el campamento, un cóndor nos observó con atención desde las alturas

Poco a poco fuimos conociendo la lengua de los antepasados de la cultura andina. No estábamos seguros de ser capaces de llegar a los 5686 metros de su cumbre, pero sabíamos

que si no lo intentábamos nunca lo sabríamos. Empleamos un par de días para aclimatar nos, ya que ese era nuestro mayor temor. Pese a la aclimatación, nuestras piernas notaban el peso de las horas caminadas el día anterior, pero con la cima ante nuestros ojos, no nos podíamos rendir. ¡Puchal, un paisaje de postal nos esperaba en la cima. En el posterior descenso hacia el campamento, un cóndor nos observó con atención desde las alturas.

Otro de los lugares que teníamos en mente para visitar era Hatun Machay ("Cueva Grande" en quechua), un gran bosque de rocas graníticas ubicado a una altitud de 4000 metros; un paraíso para toda persona que practique la escalada deportiva. Nos enamoramos al instante de la tranquilidad y la armonía del entorno.



No queríamos, pero tuvimos que ir al hospital. Allí nos dieron la receta mágica para la cura: un par de pastillas, mucho líquido, arroz y descanso. Pasamos tres días en la ciudad, descansando y aprendiendo más sobre su cultura. Los días pasaban y era hora de seguir nuestro camino. Se nos hizo difícil dejar aquel lugar. En él nos sentimos, como bien dice la expresión, "como en casa, en ningún sitio", pero el viaje continuaba.

BOLIVIA

Saludamos a Bolivia nada más llegar al lago Titicaca. Qué extraña sensación, cuando apareció un gran mar azul a 3800 m entre las montañas.

Parte de sus habitantes, mujeres mayormente, son conocidas por ser las mejores tejedoras del mundo. Culturalmente nos pareció enriquecedor lo visto y lo escuchado, cómo las familias han construido y sacado adelante la vida y su comunidad. Hablamos de la comunidad de las islas flotantes de los Uros, en las que una planta conocida como totora es el principal elemento para hacer frente al día a día. Con esta planta crean sus islas flotantes y casas e incluso se alimentan de ella.

Con esta planta crean sus islas flotantes y casas e incluso se alimentan de ella

Después de varias horas de viaje en barco, llegamos a la Isla del Sol, la isla más grande del lago. Como dice un refrán vasco, "herri txiki infernu handi" (pueblo pequeño, gran infierno), en las pequeñas islas comprobamos que este fenómeno también ocurre por aquí. No hace mucho tiempo estalló un conflicto entre los pueblos de esta isla, concretamente entre los pueblos de Challapampa (norte de la isla) y Challa (centro de la isla), provocado por el turismo y diversos intereses. En la

Islas de los Uros, en el lago Titicaca

La comunidad local gestiona tanto el refugio situado allí como el camping. Las primeras lluvias de la temporada estaban al caer y, por ello, estábamos solos, pero gracias a ello pudimos apreciar lo diferente que es su estilo de vida si lo comparamos con el de los habitantes de la ciudad y, no digamos, con la vida de los europeos. Aprendimos a vivir con poco, apreciando lo que tienes.

Aun así, tuvimos un momento crítico, ya que uno de nosotros sufrió una infección estomacal. Nos encontrábamos a 200 kilómetros del centro de salud más cercano, sin cobertura y sin ningún vehículo. Imagina la suerte que tuvimos en aquel momento, ya que un miembro de la comunidad nos ofreció bajar con él al pueblo en un camión de ganado. Nunca olvidaremos esa generosidad.



actualidad, cada comunidad hace su propia vida, destacando la tranquilidad y la buena armonía entre las dos. Una vez visitada toda la isla, partimos hacia La Paz y, mira por dónde, en vez de encontrar paz hallamos todo lo contrario: caos.

Nos colocamos los crampones y, bajo un cielo estrellado, echamos a andar en busca de la cumbre

Teníamos otro reto en la cabeza, uno de los tesoros de La Paz: Huayna Potosí ("Montaña Joven" en lenguaje aymara) de 6088 m de altura. Las dudas nublaban nuestra mente, pero la voluntad guiaba nuestras piernas, por lo que había que intentarlo. Es un ascenso de tres días, pero con nuestra aclimatación, el guía nos propuso hacerlo solamente en dos días. Hicimos la ruta de aproximación a buen ritmo, por miedo a las habituales tormentas de mediodía. Así llegamos al campamento antes de lo previsto. Solo nos quedaba descansar para el día de ascenso a la cima, que se presentaba largo. La sensación era extraña, sin sueño, pero con cansancio. Estábamos fuera de nuestro horario corporal, durmiendo por la tarde y en actividad por la noche.

El despertador sonó minutos antes de las 00:00, recogimos lo necesario, nos colocamos los crampones y, bajo un cielo estrellado, echamos a andar en busca de la cumbre. La belleza que nos brindaron las primeras luces del día compensó la dureza de la última pendiente. El día amaneció a las seis y, a pesar de que una niebla gris ocultaba a ratos la cumbre, el sol iluminaba las faldas de las montañas cercanas.

ARGENTINA

Cerramos los ojos y, de un día para otro, al abrirlos de nuevo, nos dimos cuenta de que habíamos cambiado aquellos paisajes de picos vestidos de color blanco por otras montañas de color rojizo y marrón. Era como si hubiéramos despertado en un pequeño infierno. Aun así, comprobamos que las pequeñas aldeas del norte de Argentina tenían un encanto peculiar. Es verdad que escasea el agua y la vegetación, pero eso mismo constituye la verdadera belleza de este entorno.

Mientras a tra vesábamos las aldeas nortenas vimos que parte del camino estaba cerrado, por lo que hubo que bajar del autobús y realizar un tramo caminando. Nos informamos de que los manifestantes habían decidido cerrar la carretera principal con el fin de rechazar la reforma aprobada por el gobierno bajo el lema "arriba las wiphala's (banderas indígenas), abajo la reforma". Dejamos atrás aquella comunidad y nos adentramos en la zona céntrica nortena, bajo un sol que atizaba con fuerza y un aire caliente que apenas nos permitía respirar.

A pesar de estar en Argentina, todavía observábamos costumbres bolivianas; trajes coloridos, calles llenas de artesanía, una mezcla de diferentes lenguas y culturas... Después de unos días rodeados de tonalidades de colores y culturas,



echábamos de menos el paisaje de las montañas nevadas. Por ello, tomamos rumbo hacia el sur de Argentina: la Patagonia.

Con la meteorología a favor, disfrutamos de uno de los mejores días de nuestra vida

Tras pasar por lugares hermosos como San Martín de los Andes, Bariloche o el Bolsón, llegamos a Chaltén. A medida que avanzábamos, el Fitz Roy emergía majestuosamente de un bello bosque cubierto de nieve. Llegamos paso a paso hasta su base,



Campamento base Murrena, a 4500 m

abriéndonos camino en la nieve caída la noche anterior. Cruzamos una mirada cómplice, por un momento sentimos que formábamos parte de un paisaje alógeno. Con la meteorología a favor, disfrutamos de uno de los mejores días de nuestra vida. Desde un cerro pudimos contemplar, en la soledad más absoluta, montañas emblemáticas como Cerro Torre y Fitz Roy.

CHILE

Antes de terminar nuestro viaje, quisimos visitar la Patagonia chilena. Allí nos esperaba el Parque Nacional Torres del Paine. Disfrutamos de este paraíso natural en la medida de

lo posible, ya que el clima allí abajo acostumbra ser bastante inestable. Nos tuvimos que adaptar a las adversidades del entorno y seguir nuestro camino. Dedicamos varios días a recorrer la clásica Ruta W. El peso del viaje cada vez era mayor y nuestras baterías estaban bajo mínimos, pero las ganas de ver la silueta de las agujas de granito reflejadas en el lago aliviaron el esfuerzo que nos exigía el camino.

De vuelta en Santiago de Chile, revisando las mochilas nos hemos dado cuenta de todos los recuerdos que llevamos en ellas. Cuántas vivencias, sensaciones, sentimientos que recordaremos para siempre. De momento nos despedimos con un hasta pronto.